

La ciudad de los sueños. La construcción de un continente que aloja un self en construcción



– Josep M^a Brun. –

Psicólogo Clínico. Psicoterapeuta. Director de la Revista *eipea*. Sabadell (España)

“Todo lo que crecía requería mucho tiempo para crecer. Y todo lo que desaparecía necesitaba mucho tiempo para ser olvidado”.

La marcha Radetzky. Joseph Roth

INTRODUCCIÓN

No siempre resulta sencillo transmitir o compartir lo que ocurre y lo que se moviliza dentro de una consulta en las terapias de corte psicoanalítico con personas del llamado espectro autista. Se trata de un espacio donde son más usuales las incertidumbres que las certezas y que demanda un largo período de tiempo, de disponible y atenta espera, para construir la mínima confianza que permita el establecimiento de un vínculo. Con frecuencia, esa confianza se debe cimentar sobre previas y repetidas situaciones de frustración y de malestar que no permiten ni imperativos ni premuras. Ni atajos ni desesperanzas. Tampoco falsedades. Para ello, es fundamental la comprensión del funcionamiento mental del paciente más allá de sus conductas.

El objetivo será crear ese vínculo que faculte trabajar los procesos de separación, diferenciación, individuación y, en definitiva, el acceso a la propia identidad, favoreciendo la integración sensorial y emocional, de manera que esa conciencia de separación no sea vivenciada con ansiedades catastróficas, bien descritas por Lúcia Viloca, que le lleven a anclarse en la sensorialidad como defensa.

Lo que ofrecemos a un niño o niña con autismo

es una relación, por tanto algo intangible, que a veces algunos necesitan cosificar y concretar para no sólo aceptar, sino también entender. Y que a su vez requiere en múltiples ocasiones de la presencia de objetos intermediarios que atenúen la intensidad de la relación directa. Será fundamental conseguir la distancia adecuada que permita estirar y sostener un endeble hilo sin que este llegue a romperse. Para ello, es necesario crear un encuadre terapéutico donde se favorezca la interrelación y el juego brindando un ambiente estructurado, acogedor, seguro donde la secuencia de pautas relacionales se repita y eso permita que el niño pueda ir desarrollando la posibilidad de confiar, recordar y anticipar, como también apuntan Lúcia Viloca y Balbina Alcácer.

Debemos hacernos depositarios de su malestar y aportar nuestra capacidad de *rêverie* para devolverle ese malestar de manera que le sea soportable, digerible. Aplicados a la máxima bioniana del *sin memoria ni deseo* para contrarrestar el ataque al significado de la repetición; perseverantes en nuestra presencia ante la fragmentación y tolerantes con nuestra propia ignorancia e impotencia en numerosas ocasiones, desarrollando nuestra capacidad negativa, como nos aconsejaba el propio W. R. Bion

En otros momentos, debemos luchar contra la aparición del propio desánimo, contra el posible aburrimiento, contra el vacío. Entendiendo que luchar no significa recurrir a la negación o a la actuación, sino mantener el interés y la esperanza, valorando los momentos adecuados de espera o silencio y los de una actitud de reclamación, en la línea que apunta Anne Alvarez.

Siguiendo el esquema de Júlia Coromines, proponemos utilizar la verbalización para lograr pasar del plano de la vivencia a la mentalización, para transformar lo autosensorial y sensorial en pre-simbólico y simbólico. Acompañar al niño a concienciar sus sensaciones, dentro del proceso de ayuda a pensar, verbalizando progresivamente las acciones, las sensaciones y las emociones y sentimientos para acabar en el recuerdo. Conociendo el momento evolutivo y el momento psíquico, aceptando los probables vaivenes no necesariamente como regresiones o crisis, sino como adecuaciones imprescindibles y a la vez resultado de la vulnerabilidad en la patología.

Por último, entendiendo que por mucho aislamiento que fomente el niño, no está solo y forma parte de un grupo familiar que vive y padece el sufrimiento que producen los desen-

cuentros entre ellos y entre su hijo y el entorno. Vivencias no exentas de posibles sentimientos de culpa, desánimo y negatividad, pero a la vez de afecto y conocimiento sobre el niño, de deseo de reducir la distancia y el vacío relacional y necesitado de acompañamiento y comprensión.

Este texto es un intento de aproximación a ese espacio íntimo fruto de constantes transferencias y contratransferencias.

MARCOS

Los padres de Marcos me consultaron en demanda de continuidad del tratamiento que seguía en el centro de atención precoz al que asistía desde el año y nueve meses (por retraso severo del lenguaje e inflexibilidad cognitiva) y que estaba a punto de finalizar al llegar a la edad de alta forzosa. Marcos, de cuatro años de edad en ese momento, es el menor de dos hijos varones y había sido diagnosticado de Trastorno del Espectro Autista. Los padres relatan un embarazo y un parto sin problemas; un bebé muy apegado, con dificultades de calmarse si no era a través del contacto o del pecho materno, no reclamador, que llega a los hitos de desarrollo con retraso. Camina al año y medio, tarda mucho en balbucear, las primeras palabras las pronuncia hacia los veinte meses. Destacan aspectos de fuerte rigidez, que terminaban en episodios de intensas rabietas, dificultades ante las novedades y los cambios, con poca iniciativa e imaginación y con tendencia a la repetición. Hablan de un niño que no comparte, que no busca la presencia de los demás, aunque puede tolerarlos; con tendencia al aislamiento y a encerrarse en sí mismo. Es un niño de pensamiento concreto, con dificultades de simbolización y generalización; los padres muestran preocupación por el desarrollo de su lenguaje. Marcos tiene fuertes miedos y se angustia en situaciones ruidosas o de presencia de mucha gente. Poco inclinado a compartir, puede pedir ayuda en caso de necesidad. Manifiesta baja tolerancia a la frustración y tiende a evitar situaciones en las que puede prever el fracaso. La madre le da el pecho hasta los dos años y está con él hasta que va a la guardería, cuatro meses después. No ha conseguido controlar los esfínteres de manera completa, en especial en la micción nocturna. Se muestra celoso respecto a hermano y padres, inmiscuyéndose cuando hablan. Juega con coches, aunque su juego se limita a ponerlos en fila y dramatizar accidentes. Los padres están preocupados

también por su nivel cognitivo y su repercusión en los aprendizajes. En el último tiempo en Atención Precoz, han cambiado a Marcos de un trabajo individual a uno grupal sin presencia de los padres. La madre ha resentido ese cambio pues ella podía asistir al tratamiento individual y compartir sus temores con la terapeuta. A pesar de estar contentos con la evolución que había hecho Marcos, me hablan de sus muchas dudas, de su necesidad de consejos y de su preocupación en cómo puede afectar a su hermano, tres años mayor.

En las sesiones diagnósticas, entra con su madre, aparentemente tranquilo y como avergonzado, con dos coches en sus manos. Esas manos ocupadas me evocan una imagen de no disponibilidad para tomar nada más. Observo a un niño con una mirada de poca duración, huidiza, pero de calidad, a la vez defensiva y afable que, a pesar de no tener ideas a la hora de llevar a cabo acciones, puede aceptarlas e incorporarlas. Se fija sobre todo en los coches, parking y semáforos que tengo en la consulta. Sus intervenciones son repetitivas, pero se percata de las mías, ríe y pide que las repita. Cuando introduzco personajes, su interés disminuye. La madre lamenta no tener más tiempo para este tipo de juegos, pero consideramos también el desánimo que produce su juego vacío, que entra en bucles y es de poco recorrido. Cuando su madre y yo hablamos, Marcos tiende a desconectar y quedar enganchado a sus repeticiones. Durante las sesiones utiliza algo de lenguaje, en relación con demandas o comentarios concretos, pero en general permanece silencioso.

Me pongo en contacto con la tutora de su escuela que me explica lo difícil que le es motivar a Marcos, que allí se muestra muy apático, que no le interesa nada. Se relaciona con los compañeros, pero de forma extraña, con una aproximación muy física que puede llegar a ser agresiva o, en todo caso, molesta para el otro. Me relata también sus problemas de atención (*cualquier cosa le llama la atención*, lo que contrasta con su anterior opinión de que no le interesa nada) y su gran angustia cuando se encuentra ante mucha gente o ruido. En todo caso, relata mejoras en general durante el último curso en cuanto al aumento de vocabulario, de autonomía y una mayor relación con los compañeros que, apostilla, ellos viven como destructiva.

Repasamos con los padres todos estos aspectos en la reunión de devolución. Es un encuentro agradable en el que, a pesar de la

dureza de algunas situaciones en casa, siento que podemos pensar sobre ellas y ponernos de acuerdo en los planteamientos y aproximación a entender a Marcos; los padres se muestran atentos, respetuosos y participativos, ilustrando con ejemplos cotidianos los aspectos que aparecen y ayudándome a entender con más detalle a Marcos. Decidimos iniciar un trabajo terapéutico apoyado en tres soportes: terapia semanal con Marcos con la presencia de uno de sus padres, al menos durante un primer tiempo (a la postre, se irán turnando), encuentros periódicos entre nosotros para comentar aquello que aparece en las sesiones y en casa y reuniones mías con la escuela con una cierta periodicidad. Llevaremos a cabo este trabajo terapéutico durante seis años.

PRIMER TIEMPO DE TERAPIA

Marcos parece no oponerse a la propuesta. De hecho, vive con una cierta ilusión venir a jugar a mi consulta con su madre o con su padre. Durante los años de terapia, apenas en un par de ocasiones mostrará alguna pequeña queja por tener que interrumpir lo que estaba haciendo para asistir a la consulta. Las primeras sesiones están llenas de juegos muy repetitivos en relación con los coches, que hacen cola o tienen accidentes, los semáforos, en especial cuando están en rojo, la policía que interviene... También, aparecen comentarios de la madre sobre sus propias preocupaciones. Por aquella época, Marcos mordía en ocasiones a sus compañeros y empezaba a hacerse pipí encima. Marcos no participa de las conversaciones, a pesar de que intento incluirle, aunque pasa de desconectar a una cierta escucha pasiva, en ocasiones, o a reclamarme de manera más sutil para que vuelva al juego y abandone la conversación. Si aparece un tema que no le interesa o que le resulta doloroso, parece no oír nada. En general, acompaña el juego con una risa predominantemente impostada, pero que siento que en momentos denota que está disfrutando. Sus miradas hacia mí irán en un lento y progresivo aumento.

Uno de los primeros días de terapia, en un intento mío de enriquecer su juego monótono y repetitivo con los coches y de aportar un objeto intermediario que no sienta como intrusivo, tomo dos hojas, las uno con celo, y dibujo en ellas una carretera, apenas unas líneas discontinuas. No era en absoluto consciente en aquel momento de la importancia de aquellas primeras dos hojas y del valor que llegarían a tener en la terapia.

Marcos las acoge con alegre sorpresa. Al día siguiente, le propongo que dibujemos una flecha como las que hay en las carreteras. Lo intenta, pero no le sale y se lamenta de que no sabe cómo hacerla. La madre le dice entonces: "Haz un triángulo". Marcos lo dibuja. "Y ahora un rectángulo", añade ella. Al dibujar el rectángulo y ver que se ha convertido en una flecha, la alegría de Marcos se hace notoria y convive con la sorpresa de la madre que me explica que la tutora le había dicho recientemente que no sabía hacer triángulos. Hablamos de la diferencia del triángulo abstracto y sin sentido y de éste tan interesante que ayuda a dibujar una flecha de un juego que nos divierte.

Hacia los dos meses de terapia, la madre me explica que Marcos venía por la calle hablándole de lo que haría con los coches y la ciudad de papel. Con el complemento de alguna hoja más que añadimos a las dos primeras, el juego pasa de la mesa -que se nos hace pequeña- al suelo. Dibujamos su casa, la mía, nos visitamos en coche. Marcos sigue con la tendencia de repetir los mismos juegos, pero acepta y disfruta de mis aportaciones. En aquel momento, y en especial, del taller mecánico que dibujo para arreglar las averías y accidentes de los coches. De la misma manera que los personajes tienen menos éxito que los coches en el juego, el hospital que propongo pierde claramente la apuesta ante el taller. En el juego con coches, insiste en que el coche que lleva su madre vaya detrás del suyo y no tome ningún camino diferente.

Las situaciones que aparecen en el juego nos llevan a comentarios del exterior que aporta la madre. Un día, propongo dibujar un camping sabedor de que suelen ir fines de semana y vacaciones. La madre explica que ahora tienen un apartamento, que antes iban en caravana con los abuelos paternos y que allí Marcos tiene una "amiga". Propongo y me dispongo a hacer una caseta de camping con piezas de Duplo, pero Marcos quiere hacerla él y la construye con detenimiento y cuidado. Coloca algo parecido a dos toboganes en la casa, pero el juego dura poco, fijándose más en cuestiones de disposición, como hacer sitio a las maletas. Monta una cama elástica. La madre explica entonces que unos días atrás Marcos se había caído saltando entre camas. Sonaría a lo que él ha reproducido, pero no transmite ninguna señal interrelacional. Juego a curar la pierna al muñeco, él se muestra pasivo. Nada más llegar, en la siguiente sesión, va directo a los coches y a la casa. Como suele,

empieza silencioso la sesión. Yo menciono juegos que hemos hecho otros días y él va a buscar las hojas con la carretera. Entonces, me cuenta que se hizo daño en la cabeza. Es la primera vez que me explica algo espontáneamente. Llevamos cinco meses de terapia. La madre le ayuda a relatar que se cayó en el camping yendo en patinete, que ellos -padres- no estaban y que el abuelo le dijo que no pasaba nada. Es una sesión bonita, donde acabamos los tres jugando y hablando en el suelo. Marcos muy cercano a su madre, dejándose caer encima de ella. Comento que cuando se cayó en el camping, no estaba la mamá para consolarle del golpe.

En las entrevistas paralelas con los padres, me transmiten que están contentos, que en casa hay menos enfados y que duran menos, que Marcos tiene más ganas de compartir y explicar. Me cuentan también que un día que yo tuve que anular la sesión, se enfadó porque tenía ganas de venir a jugar y les dijo que yo era *tonto*. Ponen otro ejemplo de su mayor capacidad de expresar lo que quiere con palabras, sin rabieta, a la vez que más dirigido: *Abuela, tengo hambre*. Comentan su dificultad en incorporar, aunque vemos que se debe más a la falta de ideas que por resistencia.

En la escuela, le ven más motivado, muestra interés por algunas cosas. Valoran que puede verbalizar más necesidades y problemas con compañeros, a pesar de que no responde a las preguntas que le hacen. La relación con los compañeros se traduce en molestarlos, pero más a través de empujones que con mordiscos o pegando como ocurría hasta entonces. Están preocupados por su poca capacidad de realizar juego simbólico y su poca autonomía para trabajar solo. Hablamos mucho de cómo se siente Marcos ante las demandas de la escuela, a nivel de aprendizajes, pero también de relación, social, de tolerancia a las frustraciones. La tutora y las personas que le atienden en la entonces llamada USEE (Unidad de Apoyo a la Educación Especial, dentro del entorno ordinario), están muy interesadas en entender el comportamiento y los sentimientos de Marcos.

Un día, poco antes de las primeras vacaciones de verano desde que seis meses atrás empezamos la terapia, de repente dice *sushi*. La madre explica que le gusta mucho y que muchas veces cuando salen de la sesión van a comprar sushi para llevarlo a casa para cenar. Propongo hacer un restaurante de sushi en nuestra ciudad la próxima sesión. El siguiente

día, llega y va directo a coger la carretera y montar un juego que durará toda la sesión. Hace y vuelve hacer viajes con su coche a comprar sushi al restaurante que dibujamos. Compra comida y palitos como cubiertos. Montamos una mesa donde come la familia. Luego coloco al padre a descansar, él quiere poner también al niño. Coloco al resto de muñecos a ver el televisor y él dice que los castiga sin tele. La madre explica que a veces Marcos y su hermano se quedan abstraídos viendo la tele mientras comen y que ellos les castigan.

El primer día después de las vacaciones, Marcos viene contento. La madre explica que ha ido bien, que han notado cambios en él: más participativo, más capaz de jugar, menos añoranza de su casa. Él va disparado al armario y me pide la *calle de papel*, recordándome que el último día yo le había dicho que la guardaría en el armario. Comentan que en el camping vieron una competición de perros. Marcos va diciendo: *impresionante, increíble* y monta un obstáculo que tienen que saltar unos perros de juguete que le he puesto. Más adelante, cogemos un canguro. Después de muchos esfuerzos, los animales pueden saltar el obstáculo. Siento que Marcos me transmite algo más que un espectáculo estival. Advierto que me habla de lo difícil que es superar los obstáculos y las separaciones. De hecho, cada una de las sesiones después de unas vacaciones, Marcos se ha dirigido en primer lugar a la ciudad de papel, como si necesitara comprobar que seguía allí.

A partir de un cierto momento, la madre deja de ser la única que acompaña a Marcos a las sesiones y se lo combinan con el padre. La primera vez que viene el padre, la sesión es diferente. Parece que Marcos se engancha menos a las repeticiones y se muestra más espontáneo e innovador. Coge la que llama *calle de papel*. Le enseñamos al padre cómo jugamos. Durante la sesión, Marcos habla *de alto, fuerte, mayor*. Se compara en altura con un amigo (*soy un pelín más alto que él*), habla de que su hermano es más alto y chuta más fuerte, que *ya hace tercero*; se compara en altura con una torre que hemos hecho... En esos días, los padres piden una reunión preocupados por el aumento de la falta de control de los esfínteres en Marcos, coincidiendo sobre todo con el final de las vacaciones y el principio del curso; cómo Marcos queda bloqueado cuando se le escapa un pipí y, en paralelo, explota en fuertes enfados en otros momentos, rom-

piendo cosas. Relacionamos las dos actitudes y su preocupación por no poder controlarlos. En esos días, y en la sesión, Marcos pide con frecuencia jugar al fútbol o al básquet, se muestra mucho más físico. Un día que viene el padre, este le propone dibujar un campo de fútbol en la ciudad. Marcos se apunta en seguida a la idea. Ese campo nos aportará una cierta alternancia en el juego del fútbol: unas veces jugamos nosotros, con nuestros cuerpos, y otras, con los personajes. Está competitivo. Ataca a la madre (*j mala!*) porque no juega bien o falla, hace trampas... También me hace trampas a mí, pero como bromas, en otras ocasiones.

Cuando llevamos un año de terapia, se da una circunstancia que pudo suponer su final. Después de anular una visita sin especificar los motivos, lo que nunca había sucedido antes, los padres manifiestan que quieren cambiar la

siguiente visita de Marcos por una reunión con ellos (*Queremos comentar contigo algunos temas*). De entrada, me preguntan cómo veo yo a Marcos. Me extraña, no la pregunta, sino el tono inquisidor, muy alejado del cordial y respetuoso que siempre han usado conmigo. El padre repite varias veces la palabra *evidencia*. Se produce una situación tensa. Finalmente, me explican que han tenido una visita en el Centro de Salud Mental Infanto-Juvenil de la ciudad (en el seguimiento que llevan con ellos) y que la psicóloga que les ha atendido les ha desacreditado mi terapia y mi profesionalidad y que ello les ha dejado inseguros. Les cuesta entender que ni conozco a la persona de la que me hablan ni ella me conoce a mí (de hecho, un par de años después todavía me dirán en una posterior visita al CSMIJ: *ya no es aquella psicóloga que conocías*). Les explico las diferentes corrientes en psicología

(me dicen que hasta entonces no habían pensado nunca en diferentes líneas de pensamiento), también que para mí no es nuevo ese ataque porque ya lo he sufrido con anterioridad al trabajar en una línea psicoanalítica y que, en definitiva, llevamos un año de terapia y ellos pueden opinar prescindiendo de lo que esa persona o yo pensemos y digamos. Podemos hablar después de cómo ven a Marcos (están contentos, en general, con su evolución) y de las rabietas que muestra desde hace unas tres semanas con ataques a la madre. Podemos pensar posibles causas (en especial, la competencia con el hermano por la madre o cómo se pueden relacionar un mayor control actual del pipí, por un lado, con un mayor descontrol emocional y conductual, por el otro) y yo puedo también ejemplificar mi manera de trabajar, desde la comprensión del funcionamiento mental de Marcos. La madre



explica que Marcos antes hablaba de que se casaría con ella y que ahora dice que se casará con una chica que se llame como ella, pero que no sea ella. Parece un bonito ejemplo de proceso gradual de diferenciación. La reunión marcó un antes y un después en la terapia. Lejos de la pretensión de la profesional que había desacreditado, no ya mi trabajo, sino la decisión de los padres, fortaleció la alianza terapéutica entre nosotros. Agradecí sinceramente a los padres su confianza en explicarme lo que les habían dicho y cómo les había afectado.

A los quince meses de terapia, planteo a los padres un cambio de modelo, pasando a trabajar a solas con Marcos. Decidimos demorar el cambio unas semanas para que no coincida con la vuelta de la madre al trabajo, después de unos años de atender en exclusiva a sus hijos a partir del nacimiento de Marcos que, en esos días, acaba de cumplir los seis años. Se lo explicamos a él, quien reacciona con una aparente indiferencia. El primer día, el padre sale a media sesión y nos aguarda en la sala de espera. Jugamos un partido de fútbol que parece disfrutar. Cuando acabamos, veo que se le ha escapado un poco el pipí. Al día siguiente, no nos vemos porque tiene fiebre. Cuando viene con la madre, esta le propone quedarse en la sala de espera. Él ni se opone ni muestra ninguna señal de diferenciación. Son días de un juego más físico, él sigue introduciendo temas, pero sin la ayuda de los padres cuesta más darles recorrido. El fútbol se convierte en un tema recurrente, tanto en el juego como en el hecho de que se ha apuntado a un club de la ciudad y me habla de los entrenos, de los partidos. Un día, llega contento diciéndome que ha marcado un gol en el último partido. Le felicito. Jugamos a fútbol en la sala e insiste en irme preguntando si creo que juega bien. Después, le pregunto si los partidos los empieza de titular o en el banquillo. Queda parado y serio. Me confiesa que no era verdad que hubiera marcado un gol. Está triste, pero cercano.

PONIENDO NOMBRE A LA CIUDAD

Cuando llevamos poco más de tres años de terapia, se declara la pandemia de COVID-19 y se produce el confinamiento. Iniciamos una serie de sesiones telemáticas que, de entrada, resultan complicadas. El primer día, están presentes padres, hermano (que boicotea sutilmente la sesión) y Marcos, quien apenas masculla monosílabos. En seguida, Marcos va a jugar con el hermano y los padres me cuentan

lo cansados que están y lo difícil que se les hace conciliar estar todos en casa y tener que teletrabajar, que Marcos se enfada mucho... Podemos hablar de la preocupación de todos y de que tal vez es un momento de autoexigirse menos y exigirle menos a él también. Más adelante, verbalizará Marcos el temor por si sus padres enferman y mueren. Quedamos en que piensen cómo les parece mejor seguir la terapia durante el confinamiento. Al día siguiente, me escriben un mensaje de whatsapp proponiendo sesiones telemáticas quincenales. Me parece bien. La siguiente sesión hablamos mucho con los padres de cómo se puede estar sintiendo Marcos, también de sus pocos recursos para buscar alternativas a la nueva situación y de que tampoco acaba de saber qué le ayuda y qué no a sentirse mejor. Propongo ver a Marcos a solas al empezar la sesión y cuando él no pueda continuar, hablar con ellos. Están de acuerdo. Me explican después que están gratamente sorprendidos y admirados de cómo han visto a Marcos hablar conmigo - tranquilo y sin enfados- de sus temores, de cómo se sentía, de su pereza en hacer cosas, de cómo echaba en falta la escuela y sus compañeros.

En las siguientes sesiones telemáticas, las conversaciones con Marcos se alargan hasta casi los 45 minutos habituales. Más allá del contenido, valoro la forma, continuada, dialogando por turnos, esperando que yo acabe de hablar o interrumpiéndose para escucharme. Me cuenta que tiene ganas de volver a verme y abrazarme (nunca me había abrazado), me habla de su octavo aniversario que acaba de celebrar. Los padres están contentos, han encontrado un equilibrio en casa. Finalmente, hablamos de ir volviendo a las sesiones presenciales, combinadas con alguna telemática, ya que aprovechan el trabajo telemático para desplazarse al camping. Desde allí, en una sesión en la que está especialmente comunicativo, me explica que ese día es el último del curso, que quiere ser un *empollón* y que *los papás están felices y orgullosos* de él. Le pregunto si cree que otras veces no lo están y, sin acabar de verbalizarlo, muestra que sí. Me intereso por lo que estaba haciendo antes de vernos y me explica que estaba echándose una siesta (*cuando me enfado, me echo una siesta*). Indago si eso significa que se ha enfadado y me dice que sí. Cuestiono el motivo y contesta que *por el jaldito coronavirus!* Inquiero si ese es el motivo de su enfado de ese día y me contesta que *sí, estos días cuestan*, pero luego me expli-

ca que se ha enfadado con su hermano porque, jugando con él, este le ha pisado. Le demando si cree que ha sido voluntario. Me dice que *cuando ha pasado creía que sí, pero ahora seguramente creo que no*. Le pregunto qué ha hecho cuando se ha enfadado. Baja la cabeza en silencio. Añado que se lo pregunto porque como que no se enfada cuando está conmigo, no sé cómo reacciona. *Claro, porque tú eres amigo... Casi eres mi mejor amigo*, me responde y viene a decir que se enfada con la familia y los compañeros. Razono que a veces hay niños que, cuando se enfadan, gritan o pegan o insultan o se enojan mucho con los papás y se quedan muy preocupados. En voz baja me dice: *yo hago mucho peor*, con cara apenada, *doy golpes a la puerta*. Le digo que creo entender lo que me explicaba antes: que sus padres están contentos y orgullosos de él por sus notas, pero que otras veces piensa que sus padres no están nada contentos con él. Entonces, empieza a dibujarse caras en las manos: primero, una *contento*; después, una *enfadado* y, luego, una *aburrido*. Le digo que le falta la *triste*, que me parece que es como él se siente a veces. Se la dibuja también. Empieza a costarle la conversación, pone una música y, al rato, me dice que ya les toca a los padres. Se despide de mí de manera cuidadosa y hasta tierna. Hablo después brevemente con los padres. El padre está especialmente contento porque unos días atrás, Marcos le dice: *Papá, eres genial*. Él le pregunta porqué y Marcos contesta que *porque me ayudas con los deberes*. A Marcos nunca le había resultado fácil dejarse ayudar.

Las sesiones posteriores al verano son de una febril actividad en la ciudad. Quiere incorporar un Corte Inglés, una segunda gasolinera, otras tiendas que conoce, poner los números a todas las casas, el club de natación local, el lugar donde entrena a fútbol y que dibuja con cuidadosos detalles. Disfruta de toda la elaboración. En uno de esos días, le digo que nuestra ciudad no tiene nombre. Entonces, va a buscar una hoja y escribe algo. Me dice: *He puesto que es un pueblo* y me lo enseña: *El pueblo de los sueños*. Después, añade *Bienvenidos* y un corazón. En días posteriores, dibujará un hotel y una librería a los que también bautizará como *el hotel y la librería de los sueños*. Está entusiasmado con la ciudad, aunque también muestra una cierta rigidez en ciertos aspectos como dónde poner las hojas. Cuando le sugiero que igual tenemos que hacer una segunda ciudad pues ya no nos caben en esa más añadidos, niega con vehemencia. Pienso entonces que Marcos

EL PUEBLO DE LOS SUEÑOS
BIENVENIDOS



acepta mejor las novedades que los cambios, pero seguramente me equivoco al creer que puede existir otra ciudad. Los padres me explican que en su casa les habla de la ciudad y de qué lugares quiere añadir.

Un día, Marcos me dice: *Es chula la ciudad. Si estuviera en YouTube, mucha gente le pondría un like.* Después, añade: *sobre todo, los niños pequeños.* Otro día, habla de la *ciudad legendaria.* En otra ocasión, me pide que invitemos a sus padres y a su hermano a la siguiente sesión. Pregunto por qué y me dice que *para hablar.* Sugiero si no será también para enseñarles la ciudad, sonríe tímido y suelta un *sí* en voz baja. Cuando vienen los padres, quedan impresionados y hasta emocionados de la ciudad y del nombre que le ha puesto Marcos, quien está muy pendiente también de la reacción de su hermano. La ciudad va ocupando todo el espacio del suelo de la consulta. La sesión anterior a unas nuevas vacaciones, Marcos me dice nada más llegar: *Hoy quiero jugar al fútbol porque quiero aprovechar la ciudad.* Le pregunto qué quiere decir y contesta que *no quiero que se acabe, me pone triste.* Digo que todavía queda espacio para una nueva hoja y un nuevo lugar y le pregunto qué le gustaría que fuera. Contesta que *una panadería.* En la conversación hablamos de qué es lo primero que recuerda de la ciudad. Empieza a recitar: *la casa mía, la casa tuya, la casa de mi madre, la casa de mi hermano, el bazar, el hospital...* Sigue: *lo hemos empezado cuando tenía cuatro años... ¿o cinco?* Le recuerdo que cuando su

padre vio la ciudad por primera vez, nos dijo que en esa ciudad no había personas y le pregunto si recuerda qué le contestó él. Me dice que sí, que le dijo que *es que... sino, se quedarán ahí y no podremos pasar.*

ÚLTIMO AÑO DE TERAPIA

Con el tiempo, los padres relatan que la situación en casa con Marcos es tranquila, lo ven relacionarse bien, de buen humor, con mayor tolerancia, lo que implica menores enfados. De hecho, distanciamos las reuniones y el tema de preocupación deja de ser él y pasa a ser su hermano, con una adolescencia complicada. En la escuela, a Marcos le han retirado la ayuda especial porque ven que ya no la necesita. El tutor explica que si viniera alguien nuevo no notaría diferencia entre Marcos y sus compañeros. *Porque tiene un diagnóstico, que sino...* añade. Se relaciona bien con los compañeros, trabaja y está atento en clase, ha diversificado más sus temas de interés (aunque sigue primando el fútbol) y tiene un discurso más maduro. Reflexiono con los padres que estamos en la parte final de la terapia y, sin poner fecha todavía, que debemos ir considerando cuándo es el mejor momento de acabar. Los padres reaccionan con tranquilidad, sin muestras de sorpresa, aunque el padre se pregunta cómo se lo tomará Marcos *porque siempre ha venido muy contento, sin que le diera pereza.* Quedamos en seguir madurando la idea sin hablarlo todavía con Marcos, pero tengo la impresión de que, a partir de entonces, se instalará en

todos nosotros de manera más o menos consciente, también en Marcos, la idea de finalización.

Por aquella época, Marcos tenía un poco abandonada la ciudad y prefería jugar partidos de fútbol contra mí. Vivía las derrotas con contención y toleraba cada vez mejor la frustración que conllevaban, más concentrado en si jugaba bien o no. Le comento un día que hace tiempo que no jugamos con la ciudad, que *ya no es la ciudad de los sueños, sino la ciudad dormida.* Se echa a reír y me dice: *jeso tiene gracia!* Valoro su complicidad ante el juego de palabras. Otro día, me explica que la ciudad *está dormida porque está enferma.* Como ya ocupa casi todo el suelo, le pregunto si está enferma porque no se quiere acabar. Contesta, serio, que sí. Al poco, se lesiona jugando al fútbol y me dice que no podemos seguir con los partidos en las sesiones. Recupera la ciudad y añade tiendas. Sigue hablando de la panadería, pero nunca acaba de dibujarla. Entiendo que la tiene asociada al final de la ciudad. Me pide que le dibuje una tienda *como en 3D*, me comenta qué dibujos le gustan más y me corrige en un paso cebra que hago. En seguida, parece tener necesidad de atemperar su comentario para que no me enfade: *te corrijo, pero dibujas muy bien.* Un día, puede verbalizar: *cuando deje de venir aquí, ¿podré llevarme la ciudad a mi casa para recordarla?* Y vuelve a repetir que *la panadería será la última tienda.* Intenta recordar cuál fue la primera hoja de la ciudad (tanto él como yo tenemos dudas entre dos) y comenta de paso: *creo que fui yo quien tuvo la idea de la ciudad, ¿no?* Más adelante, justo después de unas vacaciones, reitera que se llevará la ciudad a casa cuando acabemos, pero alarga ese momento a *cuando tenga doce años.* En ese momento tiene nueve. Hablamos de lo que él ha cambiado desde que nos conocemos y, con una sonrisa, y la mirada fija en mí, me dice: *gracias a ti.* Recuerda que se enfadaba mucho de pequeño y daba golpes a la pared y me dice que ahora casi no se enfada.

A pocos días de que Marcos cumpla diez años, nos reunimos con los padres. Están contentos con la evolución y de cómo está Marcos, me hablan de que muestra empatía y de que los enfados han bajado mucho. *Ahora son como los de su hermano o los nuestros.* Los enfados de Marcos en el pasado habían generado situaciones muy virulentas y desgastantes para la familia. A la vez, despertaban en los padres muchas dudas respecto a cómo actuar. Durante mucho tiempo, fue un motivo de fuerte sufrimiento para Marcos y para padres y

seguir viniendo cuatro años más o quiero venir hasta los dieciocho años y podemos hablar de la pena que nos da tener que acabar, pero también -apunto- de que eso significa que él ya no me necesita. Me habla de las peleas entre su hermano y sus padres y de que su hermano ya no quiere jugar con él, se queja del trabajo del colegio, me cuenta que marcó un gol, *pero fue una porquería, fue de rebote*. Su tono general es más triston. Cuando marcamos una agenda final con los padres, Marcos me pide que le haga un calendario con los días que nos veremos *porque me hago un pequeño lío*. Una vez mira el calendario, comenta: *qué pocos días*. El penúltimo día, dice que quiere llevarse la ciudad, *pero echaré en falta tus dibujos*. Hace un gesto teatralizado de lloro y me abraza, por primera vez.

Entre ese penúltimo día y el último, los padres me escriben un mensaje donde me explican que estaban jugando en casa a un juego en el que tenían que adivinar la frase que Marcos había escrito. Él les dio una pista, que la frase tenía que ver conmigo. La frase que consiguieron adivinar era: *no lo quiero dejar*. Los padres le comentaron que les había gustado la idea de que el tema de la frase tratara de un sentimiento suyo y le preguntaron si me lo había comentado. Marcos contestó que quiso disfrutar del momento conmigo y por eso no me lo había dicho. Al entrar en la última sesión, me dice que *hoy me voy a tener que llevar la ciudad... Te voy a echar de menos*. Mira entre los libros y escoge uno que habíamos mirado tiempo atrás, titulado *Mi primer libro de terapia*, donde se explican situaciones relacionadas con la terapia: motivos, lugar, periodicidad, confidencialidad, jugar y hablar de emociones y, también, el final de la terapia. Señala un dibujo y me dice: *yo venía por esto (se ve un niño furioso), me enfadaba casi cada rato*. Le doy la ciudad doblada en un gran sobre y una foto plastificada de la ciudad. Está emocionado. Quiere llevarse dos hojas en blanco *para que sean iguales si tengo que añadir algo a la ciudad*.

DIECIOCHO MESES DESPUÉS

A los tres meses, tuvimos una visita de seguimiento. Acababan de diagnosticar una enfermedad grave a la abuela paterna y los padres querían saber cómo tratar el tema con Marcos. Estaban lógicamente preocupados y hablamos menos de cómo estaba él. Relatan que lo ven bien, pero tampoco entran en detalles. Tan solo explican una situación en que castigan a Marcos en el colegio y él reacciona

bien, asumiendo el castigo, compungido y explicándole a la madre: *te tengo que decir una cosa que te hará enfadar mucho*. Cuando veo a Marcos, todavía no le han hablado sobre la enfermedad de la abuela. Está contento de verme, me recuerda la ciudad de los sueños (dice que no ha añadido ninguna hoja), me explica la posibilidad de que se muden de casa, pero tiene sobre todo ganas de jugar un partido de fútbol.

Al año y medio de finalizar la terapia, los padres vuelven a ponerse en contacto conmigo. Me cuentan que Marcos ha estado muy bien, pero que llevan unos días más difíciles en relación con una serie de cambios y a su enganche con el móvil y las pantallas. También están preocupados porque piensan que los chicos de su edad o mayores que él pueden aprovecharse de su ingenuidad y que él a veces les oculta cosas. Marcos ha cumplido los doce años y acabado los estudios de primaria y empezado los de secundaria en el mismo instituto en el que estudia su hermano, diferente a la escuela ordinaria a la que había asistido desde los tres años. Cuando veo a Marcos le cuento que sus padres me han hablado de muchos cambios en este año y medio desde que acabamos la terapia. Durante 45 minutos me explica, sentados frente a frente en la mesa, todos los cambios y cómo los vive. Su discurso es fluido, complejo, coherente, relacional, elaborado y... largo, cuando siempre había sido de frases cortas. Me explica que ha cambiado de instituto, de casa, a otro pueblo, como consecuencia de ello también de equipo de fútbol. Habla de su abuela, de que *está luchando* con su enfermedad, que lloró cuando se enteró, que es lo que más le preocupa en ese momento. En su relato, valoro en especial su capacidad de tolerar la ambivalencia, de estar interesado por lo nuevo (instituto, compañeros, casa, equipo de fútbol) sin dejar de recordar lo antiguo y la pena de lo que ha perdido. En todo lo que explica, aparecen aspectos positivos y aspectos negativos, que se complementan y relativizan. Me explica que quería traer la ciudad de los sueños a la visita conmigo, pero que con la mudanza está en una caja y no sabe cuál es. También, que no ha añadido nada *porque tendríamos que hacerlo juntos*. Me habla de sus amigos. Me enseña fotos de su casa nueva en el móvil y me cuenta sus ganas de hacer cosas solo, de coger solo el autobús, de poner el tique en la máquina... Me habla de sus ganas de hacerse mayor.

COMENTARIOS FINALES

A pesar de la extensión de este texto, su pretensión no ha sido la de ser exhaustivo. De hecho, han quedado sin explicar muchas situaciones que considero interesantes, una mayor minuciosidad y detenimiento en la evolución o aspectos particulares como la aparición de sueños junto a su sorpresa y su confusión de entrada en si aparecían en la vigilia o mientras dormía (ello ocurrió unos meses antes de ponerle nombre a la ciudad). O mayor detalle de sus desmesurados enfados en casa, del control o no de los esfínteres como elemento complejo de su malestar y sus temores, de su relación con los compañeros, de su creciente capacidad académica, de su relación más simbiótica con su madre, de la utilización del fútbol como elemento relacional y social, entre otros.

Mi interés se ha centrado en esbozar y compartir un trabajo basado en la comprensión del funcionamiento mental de Marcos, en el convencimiento de que esa comprensión *sana*, en el respeto absoluto por su singularidad, en la importancia de la relación y vinculación terapeuta-paciente, en la verbalización de lo silenciado y lo no pensado, en el paso de la sensación a la emoción y de la emoción al afecto, en la ligazón entre el desarrollo de este mundo emocional y el cognitivo, en la alianza terapéutica con Marcos y sus padres y en la consideración de los agentes intervinientes como parte activa del proceso terapéutico, sobre todo padres y, también, escuela. Todo ello, junto al interés y a la pretensión categórica de entender a Marcos, de ofrecerle un espacio libre de intrusión y de urgencias, de escucharle, de pensar, de ordenar su discurso y retornárselo de manera delicada, acompañándole en todo momento en su proceso.

Asimismo, el objetivo ha sido destacar el valor del objeto mediador o intermediario (un cierto *mediador terapéutico*; aunque no estrictamente sensorial, como el propuesto por Anne Brun), indispensable para acceder de manera suave, ligera y más confiable a esos pacientes que sufren y evitan el contacto entre ellos y el mundo y que dificulta en gran manera su reconocimiento de la alteridad. En este caso, el mediador fue la ciudad, cuya construcción recorre, a mi entender, un camino paralelo a la construcción de un yo diferenciado en Marcos. La construcción de la ciudad como metáfora de la construcción de un continente que aloja un self en construcción

y cómo la relación terapéutica lo permite. Un mediador construido a dos, hasta el punto de que en muchos momentos el propio Marcos confunde y duda de quién ha sido su instigador. La ciudad fue excusa y a la vez incentivo para hablar, comunicar y compartir. Para triangular en conversaciones entre Marcos, los padres y yo mismo, para acercar la frialdad de lo externo al calor y refugio de lo interno. También para fantasear, para imaginar, para proyectar a partir de lo conocido. Para combatir la separación y la pérdida. En definitiva, para situarse en este mundo. Un recorrido desde la falta de ideas a la proyección, del aislamiento al compartir, del recelo a la confianza, de la rigidez a la aceptación de la ambivalencia.

Un recorrido, a la vez, y en otras palabras, desde la obsesión estática (el coche) al interés en movimiento (la carretera), pasando por el lugar propio y diferenciado (la casa) hasta llegar al lugar común y compartido (la ciudad). Una ciudad con lugares confiables, primero, familiares y habituales, que puede extenderse a lugares de relación y sociabilización. Que puede, incluso, abrir la puerta a lo nuevo y a los demás y contener un rótulo con la palabra *Bienvenidos*. El nombre que Marcos le da a la ciudad, *la Ciudad de los sueños*, evoca un sinfín de conexiones. En todo caso, aquello que no se tiene y a lo que uno desea acceder, también aquello irreal o a medio camino entre la vigilia y la inconsciencia. O elementos que no son fáciles de verbalizar y que muestran los padres en su emocionado silencio cuando Marcos les explica el nombre que ha puesto a la ciudad. Para una persona del siglo XX, como yo, que un lugar como la panadería, donde se guarda y se obtiene el alimento básico, quedara para el final y cerrara el círculo de la ciudad, tiene un significado altamente simbólico, en absoluto aleatorio. ¿Sentía Marcos, un niño del siglo XXI, lo mismo?

Decía Sheila R. Spensley, biógrafa de Frances Tustin, que *escuchar significa permitir la entrada de algo dentro, tanto a nivel auditivo como psicológico*. Fue un placer escuchar a Marcos un año y medio después de la finalización de la terapia cuando podía tejer un discurso elaborado, cuidado y no sincopado. Pero también lo fue cuando necesitaba las palabras de sus padres para comunicarse o cuando su mirada hablaba por él. Esa mirada cálida que no llamaba ni reclamaba la atención, pero que fue cómplice de su inquebrantable apuesta por la terapia. ¡Qué mejor signo de buen pronóstico! Ahora, Marcos me habla de sus ganas de hacerse mayor.

BIBLIOGRAFÍA

Alvarez, A. (1992). *Una presencia que da vida*. Madrid: Biblioteca Nueva. (Edición 2002).

Bion, W. (1970). *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós. (Edición 1974).

Brun, A. (2019). Mediaciones terapéuticas y autismos: hacia el surgimiento de formas primarias de simbolización. *Revista eipea*, 6. (www.eipea.cat)

Coromines, J. (1991). *Psicopatología i desenvolupament arcaics*. Barcelona: Espaxs.

Spensley, S. R. (1995). *Frances Tustin*. Londres: Routledge.

Viloca, Ll. (2004). Incidencia de la ansiedad catastrófica en el desarrollo emocional y cognitivo del niño autista. A J. M. Brun i R. Villanueva (Eds.), *Niños con autismo: Experiencia y experiencias*. Valencia: Promolibro.

Viloca, Ll. y Alcácer, B. (2014). La psicoterapia psicoanalítica en personas con trastorno autista: Una revisión histórica. *Temas de Psicoanálisis*, 7.

